



— Pos es gana caminar con este inocentito, isponerle á...

pondió del mismo modo: es el Presidente de la Cámara... Se me figura que los franceses van á tener sarna que ras-car con el tal don Benito... Figúrese, no subió en la diligencia hasta que no vió que había salido el último papel de los que se necesitaban. Tan formal, tan serióte él, con su eterno vestido negro, su sombrero de copa y su ceño imperturbable: es mucho hombre... Vamos á ver de cuál cuero salen más correas... Nosotros, el estado llano, saldremos á las ocho; pero por el camino van ya Doblado, Fuente, Lerdo, Iglesias, Zarco, Elorriaga, Terán, Higinio Núñez, Berriozábal, los Bustos y su jefe de usted, Prieto, llamado *Fidel* entre los de pluma. Es una carpanta que vale la pena: va á ver qué hace y qué trazas da.

A las nueve salió el coche en que metieron á Cristina conduciéndola con mil precauciones desde su casa hasta la de diligencias; en el armatoste iba acompañada de otras muchas señoras y debía llegar hasta Cuautitlán, donde se descansaría para que toda la caravana continuara el camino.

Brambila y don Manuel siguieron á caballo, y dando las doce de la noche llegaron al punto de cita, después de recibir en el cuerpo el agua necesaria para llenar un bordo destinado al riego de tres fanegas de tierra arenosa.

El primer cuidado de José, antes de quitarse las ropas y aposentar el cuaco, fué enterarse de la suerte de su mujer.



— Está como unas mialmas, amigo, le dijo un *acome-dido*: le tocó alojarse en ese galerón, que es una troje ahora desocupada, y en que se acostaron nada menos que don Benito, los ministros y la familia del Presidente: pusieron unos atajadizos de sábanas y están durmiendo tan ricamente. Claro es que no hay camas ni aquí se conocen; pero con tender unos colchones en el suelo, todo estuvo que ni mandado hacer.

Al día siguiente, el tiempo amaneció de buen cariz, y el sol, como si fuera un general vencedor, retiró, al ascender por el cielo, hasta los vestigios de nubes, que parecían gavillas avanzadas de un ejército enemigo. Brambila se entretuvo mirando el desfile de la procesión de emigrados que parecía al mismo tiempo paseo militar, comitiva de dueño de hacienda y acompañamiento de autoridad que entraba á tomar posesión de su ínsula.

Iba primero una descubierta de caballería; pero no de esa caballería que suele verse caracoleando en paradas y desfiles, lucios y gordos los pencos, lustrosas las monturas, relucientes las armas, flamantes los uniformes, los chacós recién ennegrecidos: hombres y bestias iban, si vale la frase, en bata, caídos, tristes, flácidos, sin brío: unos y otros llevaban inclinadas las cabezas, el pelo lleno de polvo y zoquite, los arneses maltratados y faltos de los perfiles reglamentarios.

Detrás seguían la calesa de Juárez, la diligencia en

que iba metida su familia, los coches de los empleados y al fin muchas gentes á caballo, y después más carruajes, y luego más jinetes, y al fin un piquetito de infantería que no llegaba á cincuenta hombres. Los de á caballo no eran ningunos briosos adalides que estuvieran dispuestos á sacar la Durindana y á consumir hazañas dignas de los doce pares: eran los empleados de corto sueldo, los diputados que no alcanzaron asiento de coche, los criados y esa muchedumbre anónima que viene no se sabe de dónde y va quién sabe dónde acompañando siempre á las grandes aglomeraciones y marchando á su zaga: mujeres, viejos, niños, jugadores, mozos de estribo, lo más heterogéneo y lo más raro.

Era espectáculo curioso el de aquella culebra fragmentada que hollaba caminos, traspasaba montes, vadeaba arroyos, ascendía montañas, y ora quebrándose en muchísimos pedazos, ora compacta y firme como si temiera alguna acometida, hacía destacar el rojo vivo de las mantas, el rojo terroso de los coches, el rojo oscuro de los caballos, el blancor de las bufandas, el mate de las armas, el gris de los sombreros y el azul de los uniformes.

Brambila saludó á su mujer, que caminaba hecha un terrón de amores con su vecina, una vieja gorda con collar de oro y corales en la papada, que parecía un bocio frondosísimo. Luego se retiró al lado de don Ma-



nuel, que ya le esperaba con una trigueña en la mano, dispuesto á trincar con él para hacer la mañana.

— Aquí no nos queda más remedio, dijo limpiando la boca de la botella con el envés de la manga, aquí no nos queda más remedio que entrarle al de las verdes matas: todavía no miramos traza de pueblo, hacienda ó rancho en que almorzar y á mí ya se me olvidó el desayunito miserable que pude *asgar*. Figúrese no más, por un real una tacita de leche, así, de este tamaño, no le miento, y una rosca más dura que el corazón de un malvado. Es menester ayudarse con esto, que es de lo fino: lo compré en la tienda de la *Malagueña*, que es de un gachupín amigo mío... ¿Conque no quiere? Pues salú.

Y el líquido ardiente mojó el paladar del viejo oficinista, le bajó por el gañote, le quemó las tripas, y cuando detuvo la botella sobre la cabeza del fuste sólo pudo exclamar:

— Bajó como un coro de ángeles... Me siento otro, y ese otro, que no ha bebido aún, pide un trago... A la salú...

Luego colocó un tapón de olote en la boca de la botella, metió ésta dentro de las cantinas, escupió, ensayó un bostezo y se persignó la boca, costumbre que guardaba de sus tiempos de beatería.

— Pues sí, amigo, dijo encendiendo un cigarro del Monzón; hoy llegamos al sesteo en donde se detiene la

diligencia... Eso no va á ser posible, que hagamos los de á caballo las jornadas que hagan estos coches, que caminan con una priesa que marea... Y si nos llueve, menos vamos á poder caminar al parejo de éstos que llevan buenos pencos... Con estas ratas, dijo azotando el caballito colorado en que caminaba, con estas ratas no va á ser posible que nos movamos en caso de una correteada ó de una sorpresa...

Dejó pasar un rato, y al remontar un collado desde donde se oteaba todo el camino, volvió á sacar la botella y le dijo á su acompañante:

— Aquí sí que ya no tendrá que decir: las diez deben de ser, y hay que prepararse para las once... Éntrele, que ya se necesita.

— Gracias, don Manuel.

— ¿Gracias sí, ó gracias no?

— Gracias no.

— Pues usted se la pierde. Salú... y *pesetas*, dijo apartándose de la boca la botella.

Escupió, guardó la *limeta* y viendo una nube negruzca que ascendía veloz como un globo bien inflado en el azul sin mancha de la atmósfera, dijo con seguridad:

— Esa nos va á mojar; trae más agua...

Y como si lo hubiera mandado, en aquel instante trajo el viento gruesos goterones que cayeron en el suelo ávido de humedad; un vientecillo sutil hizo danzar las



cimeras de unas milpas de riego que estaban á la derecha del sendero, apartadas de éste por una cerca de espinos.

— Pues va á llover, dijo don Manuel envolviéndose en el poncho que llevaba á la grupa. Estamos amolados sin remedio.

En efecto, como si la nube fuera un globo repleto de humo que se hubiera roto de repente dejando escapar su contenido, el cielo se cubrió del principio al fin de una mancha negra que empezó á dejar caer agua á más y mejor.

Las gotas descendían con zumbido de abejas enojadas, en forma de cristales regulares cuyas aristas podían estudiarse; caían al suelo como si se hubieran roto, con la figura de un sombrero charro de copa prolongada que se absorbía en el caudal que empezaba á correr por el suelo, para ser substituídas por otros sombreros que un instante lucían, tintineaban en el arroyo incipiente y seguían corriendo sin cesar.

Las mantas se cubrieron al principio de chispas que avivaban los colores, luego se pusieron todas del mismo matiz, después se pegaron á las carnes de los que las llevaban y al fin dejaron penetrar el agua hasta que corrió por la espalda y por las piernas arrancándoles la sensación de animalillos diminutos que bajarán cautelosamente. Los caballos, que á las primeras gotas habían avivado el paso, después se abrieron de patas y manos,

se metieron en el lodo y allí decidieron resistir el chaparrón; de nada les servían los cuartazos y los improprios que despiadadamente descargaban sobre ellos los jinetes.

— ¡Andale, tal por cual!, decía don Manuel taloneando, que no espoleando, al innoble bruto que montaba. ¡Andale, que no me va á quedar nada seco!, siquiera me guareceré debajo de aquel huizache que está allá, en aquella lomita.

Pero el caballo se llamaba andana, y el jinete sólo veía, al través de la cortina que formaba la lluvia, á los coches con las portezuelas cerradas, á los ordenanzas galopando de aquí para allá y á la corriente de agua turbia que bajaba desde el collado hasta el valle como una serpiente de plata que fuera mostrando la belleza de sus escamas, que á cuenta eran los arroyuelos, los matorrales, los peñascos y los deslaves del camino.

— Pues ahora sí no dirá que no, mi amigo. Si no bebe atrapa un resfriado que no se le quita ni con la sábana santa.

Y al ver la seña negativa del otro empinó la botella haciendo puntería al cielo, como si estuviera examinando el cariz del tiempo con un instrumento raro y fatídico.

Pronto pasó el aguacero; pero el chipi chipi, la enfadosa agüita de moja bobos se prolongó sin descanso ni medida, poniendo los caminos como si fueran de cera de



Campeche, los vestidos y las caballerías más calados si cabe que habían quedado por el primer ramalazo, y á las



gentes tan mustias, tan tristes, tan infelices que daba risa verlas. Sólo los árboles se regocijaban de aquel baño repentino, que venía á quitarles las últimas hojas secas y los últimos átomos del polvo que les habían arrojado mulas de arrieros, ruedas de carruaje y pies de indios.

En el lugar en que hicieron noche, renovó don Manuel su provisión de aguardiente, y Brambila, que caminaba temeroso de que su mujer y su hijo hubieran sufrido cualquier desagui-

en el corral junta con todas las otras, si bien con el distintivo que le prendió en la cola, y que consistió en una corbata vieja de color rojo; pues es de saberse que José, que carecía de conocimientos para individualizar su caballo alazán entre los innúmeros alazanes que venían en la comitiva, juzgó era de discretos recurrir á aquel ardid para lograr conocer al animal de que era dueño.

El día siguiente, que transcurrió sin más novedad que la borrachera de don Manuel, lo pasaron en San Juan del Río, á donde hicieron su entrada á las cinco de la tarde, algo después que los coches se habían detenido en el paradero de la diligencia.

Contaba don Manuel la huída de Varennes haciendo oportunas comparaciones entre cómo se escapa un tirano, un verdugo del pueblo, y cómo sale, amparado por la ley y á la luz de todo el mundo, un gobierno republicano, y Brambila, que era distraído, acabó por fijarse en el ir y venir de gentes, en el entrar y salir de hombres á caballo, en las señas de inteligencia que se hacían algunos que hablaban aparte y en las caras de consternación que tenían todos.

— Malas noticias, dijo uno que llegó soltando la nueva como escopetazo; malas noticias, amigos... Mejía y Olvera se presentan por dos rumbos distintos y resueltos á confluír aquí. Quieren coger á Juárez y á todos los suyos



y dar el gran golpe. ¿Qué dicen ustedes? Lo mejor será escapar, porque la cosa no tiene duda.

— ¿Y la tropa?

— ¡Qué tropa ni qué niño muerto! Los de la sierra traen consigo dos ó tres mil hombres, y contra ellos nada han de poder nuestros ochenta jinetes y nuestros cincuenta infantes.

— Peores las ha visto Juárez.

— ¡Ya lo creo, dijo un viejo gordo, de piocha y bigote grises; ya lo creo que las ha visto! En Santa Ana Acatlán estuvimos en un tris de que nos mandaran al otro patio.

— Pero era caso distinto.

— Sí, porque era peor.

— Entonces no iban el ministerio, ni la diputación permanente, ni la familia de Juárez.

— Cabal, que viene su señora.

— Y sus niñas, de las cuales no más una es casada.

— Pues nos lucimos.

Y carrera por aquí, secreteo por allá, caras espantadas en este lado y gente que iba, venía, se entrecruzaba, se daba noticias y se alarmaba más aún de lo que al principio había estado, aquello se volvía una verdadera catástrofe, un auténtico y purísimo *maremágnum*.

Brambila corrió asustado al mesón donde acababa de instalar á los suyos, y se encontró á Cristina desasosegada, temblorosa, llena de fatiga y presintiendo cosas

terribles al ver el entrar y salir de caballos, el forjar de maletas, el ocultar de trastos y joyas, el hacerse preguntas enclavijando las manos y el dar respuestas meneando la cabeza y haciendo gestos de que todo estaba perdido.

— No te asustes, mujer, exclamó José con arranque: vale Dios que tú y yo somos lo último de lo último y nadie se ha de meter con nosotros.

— ¿Y quién nos asegura que no tendremos que sufrir atropellos y que no te herirán ó te llevarán lejos de mí ó te matarán?

— Pero ¿quién piensa en eso, criatura? Ríete tú de tormentas que se anuncian con tanto estrépito, dijo el hombre con tono de quien está curtido en empresas y aventuras guerreras.

— ¿Y habrá tiros, Pepito?

— ¡Qué va á haber! Ahora nada habrá, pero cuenta con que los hemos de tener en lo de adelante. Si no te resuelves á lo que venga, mal nos irá. Ya que hemos cogido esta misión, hemos de salir adelante... Pero ¿qué te pasa, hija? Te pones de todos colores, se te vuelven blancos los labios, parece que vas á caerte...

— No sé que me sucede; siento que la boca se me hace agua, me duele la cabeza, me arde el cuerpo...

No acabó de decirlo; el amante fué á recogerla con amor, y en los brazos de Pepe fué hasta la cama, donde la tomó un dolor de cabeza que se le resolvió al fin en